

Entonces fué Nieves quien se inmutó, y no poco; pero se repuso al instante, y dijo á Leto en el mismo son de broma que antes y cerrando el álbum:

— Pero, hombre, ¿cómo puede ser eso, si el clavel quedó allí y nosotros continuamos andando?...

— Es cierto, — respondió Leto sin perder una chispa de su ardimiento; — pero volví yo por él en cuanto me despedí de ustedes en la botica, después del paseo.

Nieves no dijo una palabra, ni mostró señal alguna por donde pudiera notársele la impresión causada en ella por la noticia: con el álbum cerrado, pero sin abrochar, en la mano izquierda, continuaba andando y mirando serenamente hacia adelante. Leto, después de una breve pausa, prosiguió:

— Yo no soy hombre de perfiles galantes; pero á mi manera, sé distinguir de colores; y por saberlo, tan pronto como tiré el clavel conocí que no debía de haberle tirado de aquel modo... ni de otro, por si usted lo había notado... y aunque no lo notara: siempre era una cosa muy mal hecha... El

caso es que toda la tarde estuve preocupado con ello... porque, créalo usted, Nieves: un hombre, por despreocupado y modesto que sea, se resigna á pasar por bandolero antes que por ridículo delante de una mujer; y con esta preocupación, en cuanto pude, volví por el clavel; encontréle, y le guardé donde usted le ha hallado ahora, sin otro fin que reparar mi falta en lo posible y tener siempre conmigo la prueba de ello. Yo no soñé con que usted llegara á verla jamás; pero esta mañana al coger de prisa el álbum, me olvidé de sacar de él el contrabando, como lo tenía pensado desde anoche; y le juro á usted á fe de hombre honrado, que no eché de ver el olvido hasta que fuí á entregarle á usted el álbum hace un momento. Me dolió un poco la alusión hecha á la inconveniencia mía, y sobre todo el averiguar que usted la había notado; y, entre quedar con el sambenito encima, y el riesgo de que volviera usted á reirse de mí declarándole la verdad, opté por esto, que resulta menos desairado que lo otro... á mi manera de ver.

— Y ¿por qué había de reirme?—observó

Nieves apartando con la contera de su sombrilla cerrada algunas pedrezuelas del suelo que no estorbaban á nadie.

— Por lo que pudiera hallar usted de... inocentada en el caso, es un suponer, — respondió Leto con entera sinceridad; y en seguida añadió: — De todas maneras, ahí está el clavel. Si á usted le pesa ó le parece mal que le haya recogido yo, con volver á tirarle en cuanto usted me lo ordene...

— Y ¿por qué ha de pesarme tal cosa, ni he de darle á usted una orden semejante? — exclamó la sevillanita abriendo otra vez el álbum por donde estaba el clavel. — ¡Pobrecillo! — añadió contemplándole. — ¡Volver á arrojarle al suelo después de haber vivido tantos días en este alcázar del Arte!... Además, usted se le ha ganado en buena ley... Conque déjele donde está, si no le estorba, y vamos á ver los dibujos...

Leto, felicitándose por salir tan fácilmente del atolladero en que se había visto, se arrimó más á Nieves; la cual le entregó el clavel aplastado y marchito, para que no se cayera del álbum mientras le hojeaban.

Hojeándole y andando, llegaron al sitio

apetecido; y por llegar á él, después de ponderarle mucho Nieves, dijo á Leto:

— Yo no quiero dibujar.

— ¡Que no? — exclamó Leto asombrado.

— ¿Y por qué?

— Porque después de ver lo que he visto en el álbum de usted, se me caería el lápiz de la mano. Dibuje usted solo algo nuevo de aquí, pero en mi *block*... digo, si no abuso...

No hubo modo de reducirla á que dibujara, aunque se unieron á las excitaciones de Leto, las de su padre que había llegado ya con su amigo, cansados de husmear tórtolas en balde.

— Y ¿en qué vas á entretenerte? — la preguntó al fin don Alejandro.

— Por de pronto, en coger florecillas y



helechos, que abundan entre estas peñas sombrías. ¡Verás qué guirnaldas y qué ramilletes tan lindos voy á hacer!...

—Vamos, tu manía. A veces vuelves á casa hecha una varita de san José. Corriente. Ya tienes tu ramo de helechos y manzanilla atravesado por el cuerpo, como la banda de una gran cruz, y tu manojito en el pelo, y tu ramillete en la mano. ¿Y después?

—Después, y también antes, de rato en rato, veré lo que va dibujando Leto, y cómo cazan ustedes... hasta que llegue la comida, que de seguro llegará mucho antes de que pueda yo empezar á aburrirme.

Y así sucedió al cabo, para que se cumplieran las profecías de Nieves, y una más, hecha la víspera por don Claudio Fuertes á propósito de las comidas en el campo, á usanza pastoril. Estas comidas en el santo suelo, con música de pajarillos y aromas silvestres, eran, en opinión del comandante, de lo más hermoso pintadas en un papel; pero gozadas al natural, resultaban un suplicio.

Todos convinieron con el preopinante,

mientras buscaban posturas insufribles para llevarse á la boca las viandas en salsa tibia, ó el pan con tábanos, ó el fiambre con correderas. Pero había que hacerse á todo para saber de todo. Por último: ó se estaba en el campo ó no se estaba.

Ello fué que antes de las dos de la tarde, los de Peleches saboreaban con delicia la frescura de la sombra de los hidalgos paredones; y el comandante Fuertes y el hijo del boticario bajaban por la Costanilla en busca de las respectivas madrigueras.

Media hora después hallábase Nieves en el saloncillo del Nordeste, contemplando y admirando los dibujos hechos por Leto en el pinar, y confundiendo en sus mientes con esta admiración al talento de su amigo, el análisis minucioso del otro caso, del extraño caso del clavel, que ella había descubierto por una casualidad. Estando á vueltas con estos pensamientos, entró su padre muy diligente, con una carta en la mano y diciendo:

—Oye, oye, Nieves: una buena noticia.

Dejó Nieves lo que hacía y lo que pen-

saba, y se volvió hacia su padre preguntándole qué noticia era ella.

— Acabo de recibir con el correo de hoy esta carta que es de tu tía Lucrecia. Según me dice la pobre mujer, que continúa engordando sin consuelo, Nachito había salido la antevíspera. Deja para la vuelta la visita á los Estados Unidos, y viene por Inglaterra desde Veracruz. Contando con lo que piensa detenerse en Londres y en París, calcula que podrá estar en Villavieja, digo en Peleches, á últimos del mes que viene, de Agosto... Nada, canástoles: mañana, como quien dice... Toma la carta; puedes enterarte de ella si quieres...

— ¿Para qué? — dijo Nieves inalterable y serena.

— «¡Para qué!»... ¡Otra te pego!... ¿Para qué se entera uno de las cartas que lee?

— Pues si ya estoy enterada, papá.

— Ya, ya: pero me parecía á mí que, en tales casos, debiera picarnos la curiosidad un poquito más de lo que nos pica... Eso es... Yo no sé qué canástoles me sucede

contigo siempre que sale á danzar este punto... No acabo, vamos, de... En fin, que no veo á mi gusto las...

Nieves, que le miraba de hito en hito, viéndole tan apurado se echó á reir y le puso las manos sobre los hombros:

— ¿Quieres que me ponga á bailar por la noticia? — le preguntó. — Dime que sí, y ya estoy bailando.

— ¡Pataratas! — respondió Bermúdez fingiéndose más contrariado de lo que estaba. — Yo no quiero extremos, Nieves: no quiero otra cosa que lo regular. A mí se me figuró que la noticia había de alegrarte, y vine corriendo á dártela.

— Y me alegra, papá, y te la agradezco mucho; sólo que yo soy así, vamos, poco aparatosa para expresar lo que siento. No es culpa mía, qué quieres.

— ¡Si lo sé, hija, si lo sé!... Pero, se me figuraba á mí que, en vista de esta noticia, cuando menos confesarías la razón que tengo para apurarme muchas veces por un asunto que te hace reir: el asunto de *su* gabinete, que continúa á estas fechas á medio arreglar.

— Abajo tiene el que le destina Rufita, bien emperifollado.

— ¡Otra vez la broma! Pues mira, Nieves: me carga por ser broma, y por lo de Rufita: ya sabes que tengo atravesada aquí, detrás de la misma nuez, á esa tarasca de los demonios, grosera y sin pizca de educación.

— ¡Es posible que lo tomes en serio? ¡Bah! A mí me incomoda un poco cuando la oigo disparatar... y eso por lo que va conmigo; pero en cuanto la pierdo de vista, te juro que me hace reir... Ríete tú también... Pero ¡ay Dios mío!... Si Nacho ha salido de Méjico, ya no puede recibir allá la carta que yo pensaba escribirle.

— Naturalmente.

— Yo le debía esa carta desde Sevilla; pero como en Pelechés se va el tiempo por la posta... ¡Qué cabeza la mía!... En fin, ya no tiene remedio: le contestaré aquí de palabra; y... ¡quién sabe si así saldremos ganando los dos? ¿No es verdad, papá?

— ¡Ah, picaruela, picaruela! — dijo Bermúdez dándole unos golpecitos en la cara

con la carta de doña Lucrecia. — ¡Si tienes tú más trastienda cuando te conviene!...

Y se fué tan satisfecho. Nieves, con ojos cariñosos, pero que parecían algo compasivos, le vió salir; y en seguida se sentó al piano y comenzó á preludiar una melodía de Schubert, que ella sabía de memoria... y Leto también.

En la tertulia de aquel mismo día, el hijo del boticario no estuvo tan en lo suyo como de costumbre: se distraía con frecuencia y parecía que le hormigueaba algo sobre el cuerpo y sobre el espíritu. Cuando entró con su padre, don Alejandro y su amigo el comandante discutían sobre unas noticias políticas que el primero acababa de leer en los periódicos, y Nieves, sentada en el balcón, se adormecía al arrullo de las lejanas rompientes de la mar... Leto, que cabalmente flaqueaba por el lado de la travesura para entretener á las mujeres, y aquella noche mucho más, iba y venía de la sala al balcón y del balcón á la sala, pescando aquí dos palabras y dirigiendo allá otras dos á Nieves que estaba muy poco habladora. En una de sus idas al balcón, después

de haber contemplado en la salita maquinalmente el retrato de Nachito, dijo á Nieves, por decirla algo:

— Y es guapo de verdad el primito ese.

Se lo tenía dicho á Nieves en más de diez ocasiones; y en otras tantas le había contestado ella lo mismo que le contestó entonces:

— No está mal así.

— Ya luego vendrá, — añadió Leto por primera vez.

— Pregúnteselo usted á Rufita González, — contestó Nieves muy seria, — que lo sabrá con exactitud...

¡Carape si la picaba Rufita González en aquel particular! Pero no se dió por tentado de la sospecha, y dijo sencillamente:

— Y ¿por qué lo ha de saber Rufita mejor que usted?

— Porque ya tiene el gabinete preparado... y hasta los dulces para la boda. Aquí sólo sabemos, por carta que se ha recibido hoy, que vendrá á fines de Agosto.

— ¡Qué pronto! — exclamó Leto dejándose llevar, sin duda alguna, de su natural bondadoso.

Y no se habló más de Nacho. Nuevas idas y venidas de Leto.

En una de ellas, es decir, de las idas al balcón, le preguntó Nieves, en crudo como solía:

— ¿Por qué se puso usted colorado en el pinar cuando le pregunté si conocía á las Escribanas?

Leto se alegró en el alma de que la noche fuera tan oscura como era, porque así no se desvirtuaría la sinceridad de la respuesta con la sofoquina que le había causado lo extraño de la pregunta.

— Me puse como usted dice, — contestó sencillamente, — porque, de un tiempo acá, le ha dado á ese culebrón de fiscal por embromarme con la mayor de las tres, sin maldito el fundamento; y ya sabe usted lo que soy en determinadas apreturas.

— Como coincidió lo de la sofoquina de usted — repuso Nieves abanicándose mucho — con el hallazgo del clavel en el álbum...

Leto soltó una risotada; y en seguida dijo á Nieves:

— Gracias por el favor que usted me hacía.

— Hombre, — replicó la sevillana, — sería un gusto como otro cualquiera: para mí todos son respetables. Pero, en fin, más vale que mintieran los síntomas; porque verdaderamente... no era de envidiar el gusto ese... Y á otra cosa: mañana no, porque estaré ocupada en casa, pero pasado mañana ¿podríamos dar otro paseíto en el yacht?...

— Ya sabe usted que está enteramente á sus órdenes.

— ¡Cómo me gusta eso, Leto!... Cada día más... Pero, hombre, ¿cuándo haremos una escapadita afuera?

— Pues la haremos un día que esté la mar á propósito y no vaya don Alejandro, que tras de marearse, no tiene los ánimos de usted.

Se quedó en ello y se habló algo de la partida campestre de la mañana y de los dibujos de Leto; hasta que se dió por terminada la tertulia, yéndose á cenar los de casa y á la calle los de fuera.



III

CARTAS CANTAN

QUERIDÍSIMA Virtudes: ¡Cómo me habrás puesto, allá á tus solas! ¡Qué cosas habrás pensado de mí! Al despedirme de ti en Sevilla, muchas promesas; y después, si te he visto no me acuerdo. No te lo digo porque sea verdad, sino porque imagino que lo dirás tú cuando me tienes en la memoria. Ni es verdad eso, ni siquiera de su casta... Es